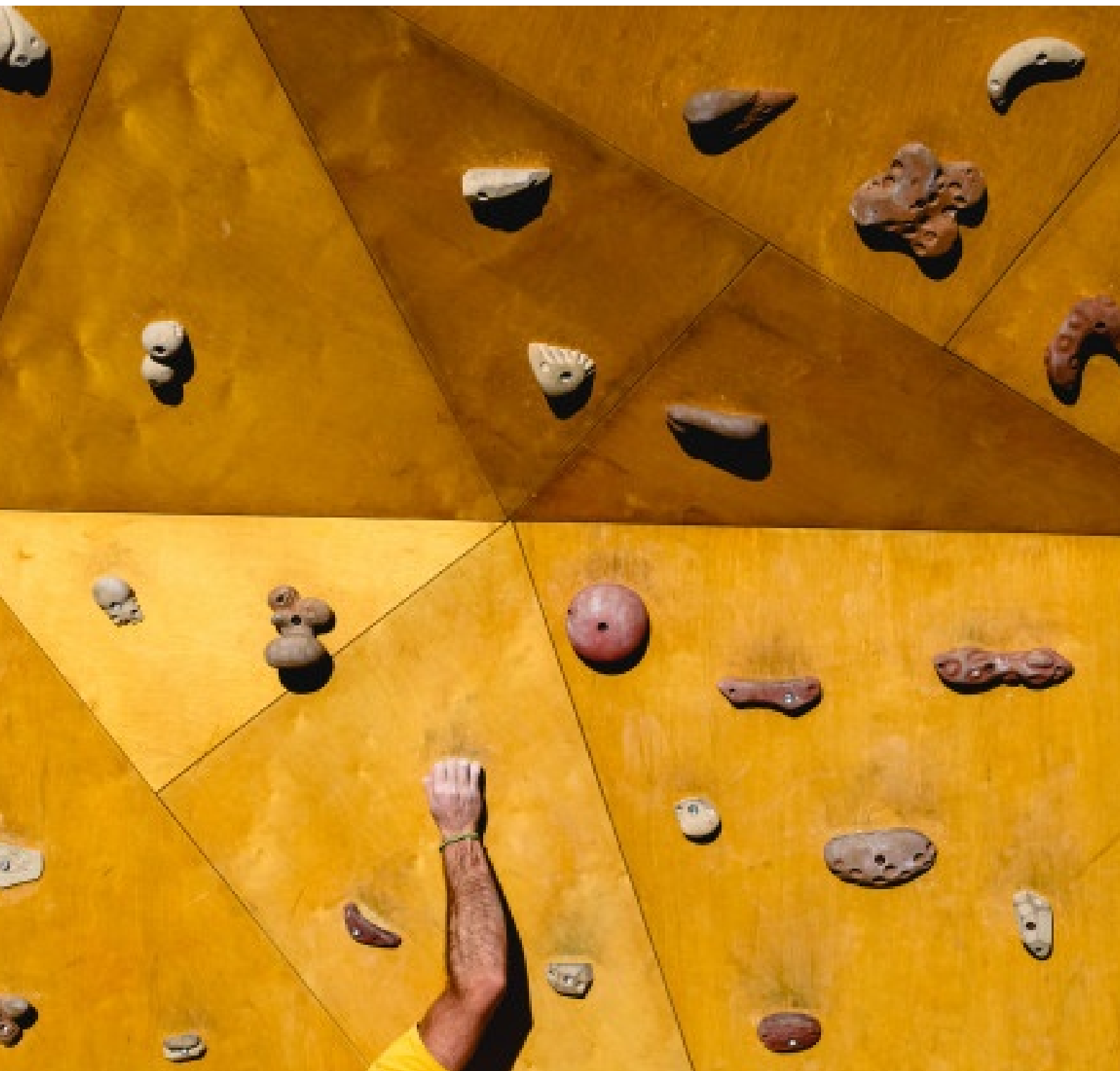


ROCÓDROMO

Celia Santiago García-Rayó



Capítulo 1

Y entonces aparece esa persona que lo descoloca todo. Que pone patas arriba tu mundo y transforma en caos lo que tú creías orden.

Destruye tus fortalezas y te debilita.

Y a la fuerza te hace ver lo mucho que te queda por aprender.

Abre ante ti una puerta y, al dar un paso al frente, casi sin darte cuenta, te encuentras ante un abismo al que tú misma caerás.

Y caes.

Y comienzas a llorar y a llorar...Por el golpe. Por el desconcierto.

Y, aturdida, abres los ojos.

Y mareada, miras arriba.

Y lo ves todo tan alto...Tan lejos.

Y piensas que quizá no eras tan irrompible como creías.

Y te das cuenta de que tal vez te volviste a jugar una mala pasada.

Y te sientes tan culpable, tan destrozada...

Y sientes que eres la única responsable del golpazo.

Vuelves a mirar hacia arriba y dudas de si llegarás. Y, consciente de la dificultad, comienzas a escalar.

Y te escurres, te resbalas.

Piensas que nunca saldrás de allí.

Una parte de ti te dice que podrás, que te reconstruirás; y la otra que no lo conseguirás, que nunca volverás a ser la misma.

Y, cada una con su parte de razón, te impulsa a avanzar. La curiosidad te

anima a ver cuál de las dos gana la apuesta.

Ya casi ves la cima...Crees estar en ella cuando la culpa te vuelve a tirar.

Actúa como un imán y te arrastra; pero te consigues agarrar a un saliente de la montaña.

Y te das cuenta de que, realmente, es un rocódromo y que tan sólo necesitas aprender a escalar por él.

Y comienzas a ver las presas.

Te aseguras de llevar bien el arnés y das comienzo a la reescalada.

Subes y subes y sigues ascendiendo. La culpa sigue empeñada en tirar de ti, pero tu empeño en llegar arriba es mayor.

Y te dices que te vas haciendo fuerte, pero te das cuenta de que lo fuiste desde el principio y que fue eso precisamente lo que te impulsó a seguir hacia adelante, a no permanecer estática.

Y mientras subes, te vas dando cuenta de que no fuiste tú sola la que causó la caída. De que tus piernas ayudaron, pero que fue otro el que te plantó ante el abismo y te empujó. Y sabes perfectamente quién fue. Resulta que conoces el nombre desde el principio.

Le creíste cuando, segundos antes de empujarte y mientras caías, no cesaba de repetirte que eras tú la que te estabas autoempujando, que lo habías jodido todo.

Le creíste cuando te dijo que estabas loca. Y cuando te dijo que eras una puta decepción.

Y cuando te dijo que eras una persona muy distinta a la que había conocido. Te convenciste de que tenías dos "tú". Uno genial y poco duradero y, el otro una mierda, el del resto de los días. El que él había acabado conociendo.

Incluso le creíste cuando te dijo que te quería, pese a todo lo que te había

dicho antes y lo que te dijo justo después.

Una voz no para de repetirte que no pasa nada, que todo el mundo discute, que eso es amor. Que es normal. Incluso que lo mereces. Y mucho. Porque "lo has jodido todo". Porque eres una puta mierda.

La gente te recuerda que quien te quiere no te hace eso. Decides creerles. Sabes que tienen razón.

Pero algo en ti les sigue llevando la contraria.

Te dices que si te lo dice tu mente, es por algo. Que te hagas caso a ti misma. Que son indicios de amor propio.

Y la gente te sigue repitiendo lo que tú en el fondo ya sabes. Y resulta que todo el mundo coincide. Menos tú. Tú sólo lo haces a veces. Crees no saberlo sacar del fondo. Sigues sin hacerles caso, sin darles total credibilidad.

Te debates entre hacerle caso al resto y no volver a la persona que te empujó o ir corriendo y volver a su lado. Porque sabes que, realmente, esa persona eres en una mínima parte, tú.

Pero resulta que la opción de volver tampoco está en el catálogo, porque esa persona te bloqueó prácticamente todas las entradas directas a su vida. Y sus últimas palabras lo hicieron del todo.

Sientes que nada ha pasado. Te aferras a los buenos momentos. Has olvidado todo lo malo. O quizá tan sólo esté adormilado en algún rincón de tu conciencia.

Hay un tiempo en el que crees no sentir nada. Absolutamente nada. Te sientes fría, insensible. Consumida por el pasotismo. Sientes que se te ha congelado el corazón y que no consigues derretirlo. Que nada consigue sobrepasar la capa de hielo y tocarlo. Absolutamente nada. Ni siquiera tú misma. Sólo él. En forma de dolor. De culpa.

Llega un momento en que ni él lo consigue.

Sientes que has perdido toda la empatía que te hacía honor. Que te

definía.

Sientes que vives sin más. Que tu vida se te escapa entre los dedos. Mirando a través de la pantalla de un teléfono. Sin más. Rápida e imperceptible.

Y ese período se alarga. Mucho. Muchísimo. Tanto que crees que será para siempre. O eso te parece.

Y piensas que eres una mierda de persona. Que no consigues empatizar. Que tienes el maldito polo norte dentro.

Echas de menos tu yo de antes y no paras de pensar en lo tonta que fuiste al no apreciarlo y querer cambiar.

Intentas sacar lo bueno de lo malo y te das cuenta de que, quizá te esté pasando lo mismo ahora. Quizá no estés apreciando lo que tienes y, en un futuro te vuelvas a arrepentir.

Así que, poco a poco, intentas ir cambiando eso que no te gusta de ti. Ese hielo. Pero apreciándolo al mismo tiempo.

Y lo consigues.

Vas llegando a la cima y te vas dando cuenta de lo que hizo contigo. Pero también de lo que tu mente hizo contigo y sus pensamientos. De lo profundamente que llegaste a creerle. De lo inocente e ignorante que fuiste.

Pero también te das cuenta de todo lo que has cambiado.

Miras abajo y sólo consigues ver aprendizajes.

Ya no anhelas nada del pasado.

Simplemente valoras y aprecias el presente. Lo vives.

Porque has renacido.

Has resurgido de entre las completas cenizas.

Has conseguido lo que creías imposible.

Te pusiste de meta y te has conseguido. Te has recuperado. Y, lo que es mejor, te has remodelado y has llegado a la versión mejorada.

Y es ahí donde te das cuenta de que ambas partes ganaron la apuesta. Cada una a su manera.

Que has llegado hasta el final y que, tal y como afirmó la otra parte, no has vuelto a ser la misma.

Y no hay nada de lo que estés más orgullosa.

Porque has crecido. Has cambiado. Has triunfado contigo misma. Te has recuperado.

Has madurado.

Te han guiado en el camino, te han ayudado a salir y lo aprecias realmente.

Ya no te avergüenza en absoluto admitir que te han ayudado.

Porque sabes que gracias a eso, te has rescatado. Nadie lo ha hecho por ti.

Te has salvado.

Tú solita.

O, más bien, tú solaza.

Porque ahora ya sabes que eres enorme. Gigantesca.

Y que venga quien quiera.

Que lucharás con todas tus fuerzas.

Con la fuerza de dos mil guerreros.

CELIA SANTIAGO GARCÍA-RAYO, 17 años